

VAQUEIROS DE ALZADA

Fin de una salvajada histórica. — El San Bernardo chico. Campana en la nieve. — Las bendiciones del "capitane"



Asturias. (De nuestro corresponsal en España.) Vamos a hablarte hoy, lector, por fin, de los "vaqueiros de alzada", cuyo nombre hemos apuntado ya algunas veces.

Los vaqueiros de alzada son una clase distinta de asturianos que se dedican a la ganadería vacuna y, llegado el verano, "alzan" sus hogares con sus "fortunas y penates", como decía enfáticamente el ilustre Jovellanos, y van a pasar el verano a los altos puertos de la cordillera. Viven en unas pequeñas agrupaciones que no merecen el nombre de pueblos, y que se conocen en el país con el nombre de "brañas". Braña quiere decir lugar alto y empinado.

La zona de las brañas, y, por lo tanto, la de su retaguardia veraniega que son las veranizas de los puertos, se extiende entre los ríos Nalón, Narcea, Pigüeira y Somiedo, por el Este, y el gran río Navia, casi en los confines de Galicia, por el Oeste. Están situadas las brañas por agrupaciones no mayores de cuarenta o cincuenta casas, a media distancia entre la cordillera y el mar. Algunas llegan a poca distancia de la costa. El número de habitantes de estas agrupaciones será, en total, de unos cuatro millares.

Las casas de las brañas apenas podían llamarse casas hace veinte años, y tenían que ser reparadas a la vuelta del verano. Más bien eran unas chozas. Ahora son ya casas permanentes, algunas buenas, y en no pocas puede oírse por las noches un aparato de "radio" y por los días una máquina de coser. Los vaqueiros tienen ahora más dinero, y tienen otra cosa, gracias a Dios, que les ha nacido en el corazón a sus paisanos (el resto de los asturianos): caridad.

Porque todo esto que te estoy contando, lector, no pasaría de ser una simple curiosidad demográfica si no hubieran sido los vaqueiros hasta nuestros días uno de esos grupos humanos injusta y bárbaramente estigmatizados, perseguidos, despreciados y hasta maltratados que todavía quedan en algunos repliegues de esta Europa que, siendo el trozo más civilizado del planeta, todavía guarda en los pliegues de sus montañas o en los "ghetos" de sus ciudades formas de discriminación de razas. En España apenas quedan restos de estas cosas. Casi nadie se acuerda de los "corruptos" de Burgus ni de los "boneros" de Medina del Campo, que rompieron hace tiempo, y algunos con éxito social y económico brillantísimo que denotaba sus grandes calidades, el bárbaro muro del cerrilismo de una "casta de hidalgos" bastante cargante y no poco culpable del retraso de nuestro país. Pero muchos españoles jóvenes tienen el recuerdo—y algunos todavía hasta el prejuicio—de la discriminación de "agotes" en Navarra y vaqueiros de alzada en Asturias.

Nadie podría decir de dónde nacen estas situaciones, que llegan a puntos de histeria increíbles, tales como el de señalar para los vaqueiros un lugar distinto en el templo, igual que en la Iglesia primitiva se hacía con los catecúmenos. El cronista no quería creer en esto. Pero, a pesar de la piadosa precaución del cura de San Martín de Luiña, que ha colocado hábilmente los bancos de la iglesia, de modo que tapen el letrero infamante, el cronista ha visto, embutida en el pavimento de aquel templo, una fuerte viga de roble con varias advertencias. Una para que se sepa dónde se entierran los niños de la

nobleza y del estado llano. Otra para que se sepa que allí están enterrados ciertos jerarcas. Y dos, tremendos. Uno para advertir así: "NO PASSAN DE AQUI A OIR MISA LOS BAQUEIROS". Y otro aún más cruel: "AQUI SE ENTIERRAN FORASTEROS Y BAQUEIROS". Los aldeanos no trataban con los vaqueiros para nada, y nadie recuerda, si no es a precio de repudio familiar, que una aldeana, por pobre que fuera, se casara con un vaqueiro, por rico que fuera.

Se ha dicho de ellos, como de los maragatos, de los pasiegos y de algunos otros grupos diferenciados, que son razas distintas. Los eruditos locales han fantaseado alocadamente sobre la materia, con un verdadero alarde de ignorancia de la ciencia histórica. Se ha dicho de los vaqueiros que eran restos de una colonia de esclavos romanos. Y hasta que son judíos refugiados. Ya el sapientísimo Jovella-

nos destruyó mucho de esas leyendas, y con aquella clarividencia propia de lo que era —un hombre excepcional, aunque algo enfático, como su época—, se pregunta si los vaqueiros no son un resto de nativos celtas o



celto-escitas que no se sometieron a nadie, sobre todo en lo fiscal. Ni a Roma, ni a los suevos, ni a los visigodos, ni a la monarquía española. Yo creo que por ahí anda la cosa. Porque los vaqueiros lo que hacían es lo que quisieran hacer los aldeanos: huir del recaudador de contribuciones, tendencia humana tan natural como censurable. Y tan celosamente perseguida por las Haciendas Públicas.

La prueba de esto es que el equilibrio social entre vaqueiros y aldeanos se va restableciendo a medida que los vaqueiros van teniendo dinero, van construyendo casas permanentes, brañas que ya empiezan a ser pueblos, y van pagando sus contribuciones, enviando sus hijos al Ejército y haciendo la misma vida, en suma, que los aldeanos. Y hasta, tal vez, ganando más dinero. Racialmente, acaso lo que ocurre es que son más puros que los aldeanos como raza autóctona (autóctona hasta donde es posible, claro está). Suelen ser rubios, y, a pesar de ser endogámicos y hombres de montaña, abunda el tipo corpulento. No hay entre ellos mayores degeneraciones fisiológicas que en el resto de la cordillera, y hasta se registra menos bocio y menos canijos que en grupos pastores no vaqueiros. Puede ocurrir que en estas diferencias, entre las que la más permanente ha sido la de los vaqueiros no totalmente extinguida, se deban a hechos muy sencillos de geografía humana y de movimientos militares. Tal vez en el proceso de la repoblación de España, cuando la Reconquista, se quedaron en algunos pliegues de las sierras grupos humanos que no siguieron a los ejércitos, y que al permanecer en sus tierras, pobres y apartadas de las vías militares y políticas, incluso conservaron la pureza racial goda más que sus compatriotas. Por eso la inmensa mayoría de estos pueblos—si se les puede llamar así—son rubios y de ojos azules. La sangre de Levante no ha llegado a ellos. Ni la sangre ismaelita.

No me mires así, compañero, que yo también tengo derecho a echar mi cuarto a espaldas en materias tan graves. Pero tienes razón tú ahora cuando me dices con sorna: "Camina, compañero, que aquí no hemos venido a pontificar." Tienes razón.

Vimos por primera vez vaqueiros en Somiedo, en Santa María del Puerto de Somiedo, que es una estación invernal de estos bravos astures. Santa María del Puerto es el San Bernardo de la divisoria. Este poblado y La Peral (en otra banda de la cordillera) quedan desiertos en invierno. Sólo permanecen metidos en la casa más fuerte dos vecinos, dos vaqueiros. El más viejo y el más joven. Son los guardianes de esta braña alta, que no se puede dejar abandonada del todo porque tiene edificios permanente. Los dos guardianes hacen la ronda diariamente. Tienen una provisión de viandas, de agua y de su poquillo de vinete de Cangas, agrillo y malo, pero, ayudado con un poco de aguardiente, mantiene al hombre dentro de cierto tono. Cuando hay una de esas feroces nevadas que borran los caminos, sepultan los pueblos y tienden sobre las alturas esas blandas y frías soledades del invierno astur, cada dos horas suena una campana. Su onda va rodando sobre las noches o los días, igualmente crueles, como una voz angélica. A veces el viandante perdido tarda en orientarse. A veces no se orienta, por las traiciones del viento, y sucumbe o la dulce muerte somnolienta de la nieve, a poca distancia del refugio. Los dos vecinos



LA LUCHA SERA MAS FUERTE ...

en esta temporada.

Este año nuestros valientes futbolistas salen todos con más pelo... y más ganas de jugar.

o han cuidado con

LOCION AZUFRE VERI

por eso, sus cabellos están limpios, abundantes y LLENOS DE VIDA.

Frascos de 5 tamaños. PRECIOS MODERADOS, posibles por su gran venta y exportación a Hispano-América. El tamaño corriente sólo cuesta pts. 17,10; el tamaño pequeño ptas. 11, (impuestos incluidos).

DESCONFIE DE IMITACIONES

Tiene garantía farmacéutica

Si desea un toleto gratis, escriba a INTEA. Apartado 82 Santander

LAS ACCIONES DE SU SOCIEDAD

se las imprimirá con rapidez y perfección. ARTES GRAFICAS SOL - Teléf. 39 17 53.

tienen que tener buen oído, buena vista y mucha experiencia del temporal para no aventurarse en salidas inútiles y mortales. El oído y la vista las porve el zagalón. La experiencia el rústico senador vaqueiro, que a la hora de trazar un plan para salvar al semejante cuyo grito de socorro apenas se oye, cuyo perro aúlla—y hay que saber cuándo aúlla un perro o cuándo aúlla un lobo), no se cambia entonces por un senador romano.

Y lo bueno, compañero, es que cuando sueña uno de esos gritos, el senador y el zagalón nunca han sabido si era de vaqueiro o era de aldeano. Por eso era tan bárbara, tan injusta y tan estúpida la discriminación. Nadie podría imaginar el día de la Virgen de Septiembre, cuando estuvimos en la feria de Somiedo el compañero y uno, que aquella alegre gente con aire sano y rico era la primera generación, acaso, que, después de siglos, recobraba la libertad, la igualdad y la fraternidad. (Perdón por el trío, pero es que salió así acaso porque es de verdad.) El río que nace allí es tan claro, que no se ve. Es como aire de mañana. Tan niño, tan puro, nadie diría de él que luego iba a ser negro y poderoso y a ser una especie de "cartelista" plutócrata, lleno de kilovatios y de vagones y de hornos. No se puede uno fiar de los ríos puros. Vale más fiarse de estos hombrones rubicundos, que montan a caballo con la crin tendida, que galopan hacia una vida mejor que la de sus padres y que pueden cortejar a una moza de la villa, y ser galán en las rondas, y pagar su contribución como un señor, y hasta venir a Madrid y abrir las mejores charchuterías de la capital.

Los aldeanos decían que los vaqueiros no tenían historia. La han forzado, contra la infamia, y no pocas veces han triunfado. Hasta en las armas, cuyo manejo le habían negado, el vaqueiro dió capitanes como el capitán Parrondo, que armó muchos "tibertos" con su caballería en el Perú. Y hasta anda por ahí, lejos, porque el diablo todo lo enreda—el diablo siempre viene "otra vez"—un hombre de letras de tierra vaqueira que no podría jurar que no montó a caballo de chico en las brañas.

Los vaqueiros tienen su historia, su pequeña historia porque no les han dejado hacer otra.

Y nosotros, ¿verdad, compañero?, que somos unos impenitentes de nuestra fe—(de la que se escribe con mayúscula y de la que se escribe con minúscula)—, somos de los que creemos que en España, además de las cosas que se ven y que salen retratadas en los periódicos y en los No-Do, han ocurrido cosas que no se pueden retratar. Por ejemplo: que también ha cambiado la conciencia de la nación. Y cosas que antes ocurrían ante la impasibilidad y la tolerancia incluso de sacras instituciones, ahora no ocurren. Y otras que no ocurrían, ocurren. Verbigracia: que aquel vaqueiro que bajaba a galope por la hoz del Pigueña llevara a la grupa una moza aldeana de Agüerina y su paso fuera saludado con alaláes amistosos desde las puertas de los chigres en que los feriantes vaqueiros y aldeanos alternaban su sidra.

Y había una cosa buena, sencilla y hermosa: que el vaqueiro iba cantando "Murió el obispo de Oviedo —murió nuestro capitane".

Ese obispo que murió y era capitán de gentes perseguidas por la Justicia murió hace más de cien años. Era el obispo Pisador, que visitó las brañas, anatematizó la persecución discriminatoria, acercó a su corazón a unos hombres huídos y tristes, castigó a los que aceptaban esa discriminación en la casa de Dios, y el otro día, ¿verdad, compañero?, había llover bendiciones sobre las parejas de vaqueiros y aldeanos que volvían de la feria con ramos y "perdones". Y con promesas en que la palabra "siempre" juega un papel importantísimo.—Victor DE LA SERNA

DIGNIDAD Y CIGARRO

Knoxville (Tennessee) 4. El alcalde de Knoxville, George Dempster, ha ordenado a los policías de la ciudad que se quiten los puros de la boca cuando se hagan fotografías. "Recientemente—dice el alcalde—he visto dos casos de detectives fumando largos cigarros. Sus fotografías tuvieron amplio relieve en la Prensa. Su actitud resta fuerza a la Policía."—Efe.

La noticia, sin duda, hará reír a los burlescos fáciles y superficiales. Pero Jorge

Dempster, alcalde de Knoxville, tiene razón. Para lo representativo y lo público, un hombre de uniforme con el cigarro en la boca, sea un jefe de Estado o un guardia de la circulación, pierde seriedad y dignidad, lo mismo fotografiado en los periódicos que en actos de servicio. Hasta en el teatro, que también pertenece al "orden representativo", el recurso de los malos galanes es multiplicar los pitillos. En los Consejos, Asambleas, Tribunales, recepciones, cortejos y en cualquier ocasión que exija, no ya solemnidad protocolaria, sino un elemental respeto, pitillos y cigarros en la boca, con todo el humo consiguiente y el pestífero olor de la nube estancada y rancia, parece deplorable. El señor conde de Chambord, maestro en escrúpulos de social estilo y en las formas nobles del vivir, jamás consintió que en las comidas de su casa se encendiesen fuegos de tabaco, grandes ni pequeños, y llevaba a sus invitados a fumar, alzados de la mesa, a un piso de arriba, para que ni siquiera los salones de la planta de honor, con sus trofeos y su memoria familiar, se contaminasen de la turbia niebla cargada de olor a nicotina.

Nos sería difícil imaginar a César, a Carlomagno, a Bonaparte retratados o pintados con un habano entre los dedos o entre los dientes. Fumar es un entretenimiento privado y no demasiado feliz, higiénica ni estéticamente. Lo mejor que puede hacer un Estado democrático es desear, para el más modesto representante de la ley y del orden público—y por eso, también custodio de las supremas jerarquías y los supremos valores—, la misma dignidad exterior, hasta en los más mínimos detalles, que parece ideal en un príncipe.

Tampoco "la política de cigarro puro", cuyo humo difuso ha llenado una época, que en Sir Winston tiene su superviviente final, ha sido la más afortunada, y el "cigarro puro" en Sir Winston y en cuantos han hecho exhibición de fumadores de habanos, ha respondido a su peor parte; a lo que había en ellos de escorias del siglo XIX, de "morgue" estereotipada, de ironía barata, de sonrisas y familiaridades convencionales, de ese gesto abominable de la mano ministerial, que da la palmadita al suplicante de provincias, mientras la otra mano sostiene el gran cigarro puro, con sus tres pulgadas de ceniza y la boca redomada sonríe avísadísima, experta en todas las gatadas y gatuperios. La política del cigarro puro y la butaca, senatorial y cachazuda—en nuestra España, inseparable de la cazurrería caciquil, casi siempre vestida de un señoritismo recalcado—, ha sido muchas veces una "política de humo" y de "vendedores de humo", sin doctrina ninguna, escéptica, puramente aparenzial y ocasionalista, sin sentido estricto de nada, dada a trampear como se pueda, entre chupaditas al veguero y sorbitos de coñac "del mejor".

Era "La política chica", que describió magistralmente nuestro José Cuartero.

Bien está, pues, que los policías de Knoxville no aparezcan fumando en las fotografías de los periódicos. Pero esperamos que tampoco el alcalde de Knoxville, autor de la oportuna prohibición, aparezca fumando un largo Virginia en la inauguración de un monumento a los caídos en Corea. Los ejemplos han de venir de arriba abajo y son mejores que las prohibiciones.

Confeción fina



Nuestros modelos para la nueva temporada

Lo más equilibrado, sencillo y elegante en las nuevas ideas de París

Le entusiasmarán a usted no sólo por su estilo, sino, además, por su precio.

Abrigos. Trajes de chaqueta. Chaquetones. Vestidos de lana. Faldas. Blusas... Alta confección de nuestros talleres. Tercer piso.

Galerías Preciados

PARARRAYOS JUPITER

Instalaciones, reparaciones garantizadas. Se construyen veletas, cruces, etc. Coloreros, 3. Madrid. Tels. 210115 - 393112